

Controversia

Regionalismos y cultura nacional

Carolina de la Torre
Pedro Emilio Moras
Carlos Venegas
Rafael Hernández

Rafael Hernández: Este Último Jueves está dedicado a «Regionalismos y cultura nacional». La primera pregunta es qué es la cultura nacional. ¿Cómo se vinculan con ella las culturas regionales? ¿Es la cultura nacional la síntesis, la sumatoria, la integración de las culturas regionales o una construcción que no se corresponde con ninguna de estas? ¿Con cuáles elementos podría definirse una cultura nacional en relación con lo regional?

Carlos Venegas: Soy investigador de un tema muy concreto, que es la historia urbana, y nunca me he planteado a fondo algunas de las reflexiones que entrañan estas preguntas. Lo he hecho solo desde el enfoque y actividad de mi disciplina; pero creo que nunca está de más debatir y comenzar a pensar en ellas, en términos generales.

La población de nuestro país se ha integrado, a través del tiempo, por movimientos migratorios, de distintos grupos, procedentes de todas las regiones de la metrópoli española, y también de varias zonas de África subsahariana. Cada región fue portadora de su cultura. Incluso la cultura arahuaca que encuentran aquí los conquistadores españoles parece que estuvo afectada por cierto grado de regionalización.

Además, hay otra inmigración amerindia desde el continente, en los siglos XVIII y XIX, y una china, que podrían ser estudiadas desde un enfoque regional. Ninguno de estos aportes culturales regionales predominó de una manera hegemónica sobre el espacio insular; fueron sintetizados a partir del siglo XVI en una construcción diferente que pudiéramos llamar colonial hasta el siglo XIX, en el sentido de que fue una cultura dependiente. Dentro de esas condiciones la de la metrópoli tiene un papel predominante como soporte de todas estas síntesis o manifestaciones culturales

* Panel de debate efectuado en la Galería Servando, el 25 de febrero de 2010.

regionales. Debemos pensar que las metrópolis, sobre todo la española, crearon lo que un investigador norteamericano ha denominado, «cultura de conquista», cristalizada en diferentes zonas de contacto sobre la base de ciertas realidades geográficas. No era exactamente la cultura de la metrópoli, sino una formulación para las colonias, a veces generada dentro de las propias condiciones de existencia de estas. A partir de ahí comienza el proceso de formación de las culturas criollas.

En Cuba existieron diferencias históricas —más económicas y sociales que geográficas— y pueden ser agrupadas por regiones, pero yo no me atrevería a clasificarlas como una cultura regional, sin aclarar antes el alcance de ese término, o sea, hasta dónde llega el contenido que implica su uso dentro de la cultura cubana en general. En cualquier país puede haber diferencias económicas regionales capaces de generar manifestaciones culturales, pero no siempre llegan a constituir una cultura regional.

Al margen de esta duda sobre el término, es posible afirmar que desde el siglo XIX, quizás un poco antes, existe en Cuba una tendencia a identificar ciertos comportamientos culturales y costumbres propias del occidente cubano con nociones de adelanto y de progreso. Pienso que es algo que se puede comprobar y reconocer como un proceso renovador dentro de la cultura cubana. Este proceso acompañó los cambios tecnológicos de la industria azucarera que afectaron todos los órdenes de la vida, desde los servicios hasta el transporte, la educación, etc., e hizo de la capital un centro difusor de culturas más modernas, más actualizadas, puestas al día con los avances del mundo. Por lo menos, así se presentaba en los órganos de prensa de la época. Estos intentos de identificar una cultura nacional de manera homogénea, después se fracturan. Pensadores como Fernando Ortiz, entre otros, establecen conceptos más esenciales para clasificar la cultura cubana por sus orígenes y pertenencias étnicas, y más bien abren la perspectiva de análisis hacia un proceso de fusión, de mezcla continua y renovada, donde el aporte de un grupo aparece o desaparece, predomina sobre otros de acuerdo con las circunstancias históricas que se vienen produciendo durante el siglo XX. Esa constante fusión me parece la propuesta para seguir un análisis de la cultura nacional cubana en la actualidad.

Rafael Hernández: Carolina, ¿qué es la cultura nacional?

Carolina de la Torre: No quisiera entrar en definiciones muy teóricas, porque todos los aquí presentes estamos bastante claros de que hay una cierta diferencia entre el discurso académico, el *naïf* o más popular —que no quiere decir que no tenga un conocimiento real—, y el de los medios, acerca de lo que es la cultura. En el contexto de los estudiosos, de los académicos, todo el mundo está, de una u otra manera, de acuerdo en ciertos parámetros generales que la definen.

Considero interesante que se trate este tema porque, parafraseando a Freud, nosotros estamos atravesando un malestar en la cultura. Resulta que el mismo Freud tenía una concepción que, cuando uno piensa en nuestra cultura nacional, casi parece un disparate, casi más historicista y marxista que la que en la práctica utilizamos. Rafael da varias alternativas para esta pregunta. Yo me quedaría con la de si es una construcción. Creo que es una construcción humana que se manifiesta en forma de representaciones compartidas, así como de productos objetivos, palpables, materiales, asibles, que tienen que ver con estas representaciones, y además, se manifiesta en identidades y sentido de pertenencia de las personas a esas distintas culturas. No es una definición, pero de algún modo es como tomar partido por una de las variantes.

En Cuba existe una fuerte cultura nacional expresada en representaciones compartidas y en una identidad nacional con todas las diferencias, heterogeneidades, variedades, atravesamientos; pero esa representación es como una síntesis de síntesis, como una abstracción en definitiva, porque cuando uno habla de una cultura nacional

está tratando de buscar lo que habría en común en todas las diversidades dentro de esa comunidad.

Con la investigación empírica —la que más me ha alimentado teóricamente—, además de lo que uno puede haber leído, he preguntado a cientos y miles de cubanos en distintos lugares: ¿Cómo crees que somos los cubanos? Yo no pregunto ¿existe una identidad cubana? porque uno nunca puede preguntar lo que quiere saber; uno tiene que decir: ¿Dónde te sientes como pez en el agua?, ¿tú, como estás en Cuba, sientes que formas parte?; de manera que las personas pueden expresarse libremente. He preguntado esto en Cuba, en Chicago, o en cualquier lado donde he visto un cubano o varios. Encuentro a veces hasta un estereotipo; pero no siempre hay que prejuiciarse, porque cuando un pueblo logra crear un estereotipo y sentirse cómodo con él, quiere decir que comparte y se siente como pez en el agua dentro de esa cultura con la cual se identifica. Entonces esta sí es una construcción en diálogo permanente con otras culturas e influencias de otras regiones, como de otros tipos de cultura que no son necesaria ni geográficamente definibles, y ese es un tema más de la contemporaneidad. Algunas personas, cuando uno ha empezado a dar un curso o un posgrado sobre la identidad o las culturas nacionales, se las representan como si fueran las circunscripciones del Poder Popular: la nación, las provincias, los municipios y las zonas. No funcionamos mentalmente así: tenemos una cultura nacional, nos identificamos con ella, compartimos formas de ser, de hablar, de divertirnos, de pensar, y otras cosas buenas y malas; pero ellas están en diálogo con el mundo, con las regiones y con otros problemas que no tienen que ver con el lugar, sino con el género, las afinidades políticas y estéticas, y todo eso va conformando un diálogo permanente de la cultura.

Voy a ir un poco más allá y decir que sí existe esa cultura nacional, pero que tenemos que trabajar por rescatar la idea de que es una cultura en diálogo; y por eso yo veo la importancia de este panel. Hay quien entiende el diálogo hasta un día en que supuso ya cocinada la cultura nacional. Le parece muy razonable pensar en el ajiaco de Fernando Ortiz, pero hasta un punto. Después, es como que lo que llega no nos perteneciera, como si la cocción no fuera constante; nunca va a parar, nunca va a culminar.

Pedro Emilio Moras: Comparto con Carolina la alternativa de una construcción, que emana y se superpone a la heterogeneidad de las regiones, pero pienso que, además de este deber ser, hay una tendencia real, por la relación que tiene la cultura con el poder, a ser parte de una cultura hegemónica, que pone un acento básico en ciertas regiones del país, que por lo general casi siempre son las grandes ciudades y las capitales. Este tema tiene que ver con el movimiento que se produce entre homogeneidad y diversidad. Cuando indagamos en la población, hay determinadas prácticas que resultan muy notorias y pueden ofrecer una visión de homogeneidad en cuanto a los intereses, los gustos, los consumos culturales; sin embargo, cuando vemos el interior de ellas, encontramos cada vez más diferencias. Como tendencia general, la población suele consumir, en términos de cultura, los productos que se exponen en los medios de difusión masiva, sin embargo, no es tanto así en contenidos que se subdividen por intereses de los distintos grupos poblacionales, e incluso por las regiones del país. La radio, por ejemplo, tiene una presencia mayor en las zonas rurales que en las urbanas. Las nuevas tecnologías que se han ido adicionando —televisión, DVD, otros soportes digitales, etc.— se encuentran con mayor frecuencia en la ciudad.

Existe un predominio del espacio privado en el consumo cultural de la población cubana, que, en la mayoría de los casos, se refiere al hogar, en el cual se construyen y expresan zonas de interacción con semejantes. La demanda de áreas propias es común para todos los grupos poblacionales y muy difícil de satisfacer en la oferta institucional de la cultura por la diversidad que nos caracteriza. Los lugares públicos de la ciudad son también importantes, llámense parques, donde se asientan identidades culturales,

incluso se crean espacios propios en los distintos grupos poblacionales, y hasta el paseo por una tienda es una práctica que puede adquirir una dimensión cultural.

El eje del análisis es saber de qué concepto de cultura estamos partiendo. Hay un asiento muy fuerte en las bellas artes, en la cultura relacionada con el consumo de teatro, de música, etc. Sin embargo, existen otras formas más próximas a la cultura popular tradicional, a la manera de socializarnos y de organizar nuestra vida cotidiana.

Rafael Hernández: Pedro, tú mencionabas la radio local como un factor que tiene un impacto particular en las regiones. ¿En general, los medios de comunicación, la educación, el fenómeno migratorio, los factores globales, tienden a reforzar o a disminuir las diferencias regionales?

Pedro Emilio Moras: El consumo de radio no es solamente de lo local; el de la programación de las emisoras nacionales es mayor en las zonas rurales que en las ciudades. Este es un tema polémico, porque es necesario partir de la misión que tiene un medio de difusión, y de que en la actualidad existen emisoras locales, tanto de radio como de televisión, que son las máximas responsables de atender la riqueza cultural de las regiones donde se asientan, y no repetir los patrones de las estaciones nacionales en este aspecto.

Hay intentos, incluso en la propia esfera cultural, que van imponiendo una mirada más incisiva a las realidades locales; nociones que irrumpen en los últimos años, que si no tienen un asiento local se desvirtúan, no existen. Muchas veces, si no se atienden adecuadamente, se sobredimensionan y adquieren una connotación nacional, o internacional, que los arranca de sus raíces. En este trabajo de reconocer la esencia de los procesos, de los fenómenos culturales que emergen de la comunidad, es muy importante la imagen que se genere en los medios locales. Es una cuestión compleja que requiere de múltiples enfoques, y tiene muchísimo que ver con las identidades. Hablamos de identidad nacional, pero cuando hacemos una mirada incisiva a todo el país, advertimos que no es lo mismo una persona que viva en el oriente, que una que resida en el occidente. Es intentar exigirles, sobre todo a los medios, una mirada en detalle que pueda satisfacer todas las expectativas posibles al respecto, y es un modo de emplear recursos propios. Lograr implicaciones más activas es una tarea de participación social, porque también en la cultura ocurre un fenómeno: se piensa siempre en un producto elaborado sobre el cual solo resta disfrutar y consumir; entonces nos lamentamos por grandes carencias y no creamos espacios alternativos. Existe un sistema institucional de cultura, que no se usa en su plena capacidad: vemos Casas de cultura, instituciones, escuelas de arte, que se alejan de lo que debe ser su misión; a su vez la visión de la población no está acorde con la manera de rescatar la cultura local, que no necesariamente tiene que replicar estereotipos o imaginarios que apelen más a un fenómeno nacional.

Rafael Hernández: ¿Las diferencias culturales entre las regiones se refuerzan o tienden a diluirse?

Carlos Venegas: En mi opinión, tienden a diluirse, y eso es positivo y normal. En la medida en que se establecen contactos entre la población de toda la Isla, se va diluyendo un poco el aislamiento, porque siempre que hablemos de una cultura regional tenemos que pensar en la función que están desempeñando los medios de comunicación, el transporte y, sobre todo, el intercambio de costumbres. Siempre tienden a mezclarse en un proceso de síntesis. En ese sentido, sí hay una inclinación a que las diferencias desaparezcan; pero también un interés por la cultura local, un amor hacia la patria chica. Mientras más culto y más ciudadano es el hombre, más se interesa por la historia de su espacio, en el cual tiene sus raíces, y eso lo manifiesta de diversos modos; puede ser a través de un ejercicio recreativo, de los medios locales

de cultura, etc. Pienso en los museos, cómo se nutren, las actividades que generan en la comunidad, lo creativos que son desde el punto de vista de hacer sus propias exposiciones y salas. Hay muchas iniciativas generadoras de particularidades, pero no en el sentido tradicional que atribuimos a una cultura regional.

Rafael Hernández: Si pensamos en maneras de hablar, costumbres, usos, estilos, ¿tienden a homogeneizarse entre las diferentes culturas, entre Guantánamo y La Habana, por ejemplo?

Carolina de la Torre: Antes de entrar en Guantánamo quiero hablar del mundo. Hay muchas personas que dicen que el debate de las culturas y las identidades no procede, no es actual, porque nuestro mundo globalizado nos hace «tan similares», «tan comunicados», lo digo con comillas porque no creo que sea así para todo el mundo, sino para algunos sectores nada más. Vivimos en un mundo lleno de voces distintas, tenemos una sinfonía universal de diversidades, a la cual todos tenemos acceso, que va borrando estas diferencias culturales e identitarias y nos va homogeneizando a todos. Esa es una tendencia. Incluso piensan que no procede el tema de insistir en el rescate —no me gusta esa palabra porque pienso que estamos dirigidos por una brigada de rescate; aquí se rescata la cultura, la identidad, la gastronomía, las tradiciones, todo se rescata y cada cosa sigue igual— y se ignora la dialéctica de los procesos; lo cual no quiere decir que no esté a favor de que hay cosas que conservar, de la continuidad en ciertas identidades.

Existe otra tendencia que piensa que el tema de las culturas y de las identidades ya no hay que verlo en su carácter regional, ya sea esa región América, Cuba o Guantánamo; porque vivimos en un mundo globalizado y tenemos un lenguaje cada vez más universal. Son unos cuantos los que almuerzan en Nueva York, meriendan en París y desayunan en Hong Kong; pero la mayoría de la humanidad no vive en ese discurso. Lo curioso es que ambas tendencias conviven; hay una cierta homogeneización para ciertos sectores que pueden compartir ese discurso universal. Según algunos autores, un joven de La Habana, de Hong Kong, o de otro lado, tiene que ver más con otro de cualquier lugar si comparte más o menos su mismo estatus social, formación, ubicación económica, por ejemplo, que con alguien de su región. Su vínculo es más fuerte por el tipo de círculo cultural en el cual se ubica. Son atravesamientos que vienen con la cultura.

Pero otros dicen —yo comparto esta idea— que más que la homogeneización de la cultura, y también en nuestro país se puede aplicar, lo que existe es esta cosa híbrida de la que ya se ha hablado mucho en América Latina, pero que también es fragmentada. Martí lo decía en «Nuestra América», es como si fuésemos pedazos de distintas cosas. En Cuba existe cierta homogeneización para ciertos sectores, por las mismas causas que en el mundo, pero creo que hay cosas que son propias de nuestro país. Yo digo a veces en broma que hay una «guajirización» de El Vedado, y no lo digo despectivamente. Cuando yo salgo a la calle y voy al mercadito o al agro, me parece que estoy en Güira de Melena; si lo urbanizo un poco más, a lo mejor en San Miguel de Padrón. No es una nostalgia de El Vedado —que tenía una Asociación de Propietarios y Vecinos, y que era muy bonito—; hay procesos nuestros que no son idénticos a los que está discutiendo la literatura universal, y que pueden tener que ver con otro tipo de homogeneizaciones, interinfluencias, diálogos de cultura, que no necesariamente responden al mundo desarrollado, globalizado, sino a cierta primitivización en nuestros mecanismos de, por ejemplo, ofertar servicios. Todo eso es la cultura, y en nuestro país existe un divorcio entre el concepto teórico de la cultura y el discurso con el que operamos en la práctica, que es de hace cien años. Otro ejemplo: en el programa *Buenos Días*, de la televisión, la muchachita que se encarga de la sección de la cultura, dice: «Bueno, con esto terminamos el segmento cultural, nos veremos mañana para seguir hablando de arte». Cada vez que escucho eso, me pongo rabiosa, porque yo

no tengo foro donde decir que eso está mal; funcionamos decimonónicamente, y estamos más atrasados que el mismo Freud cuando hablaba del malestar en la cultura. A él le tocó la época de la pre-guerra mundial, pero está hablando con un concepto antropológico más amplio y abierto; no solo de las bellas artes, como al parecer creen algunas personas. Por eso creo que este tema es importante.

A nosotros nos ocurren los mismos problemas que al mundo entero. Las culturas se refuerzan a veces como mecanismos reactivos ante la imposición, por el poder, de ciertas culturas dominantes, pero lo que sí es válido para todo el mundo es que todas, nacionales y regionales, cambian, y habría que analizar entonces qué cambios se están dando en las nuestras, cómo se van produciendo y cuáles son mejores o peores. Para mí, ir hacia adelante es todo lo que contribuya a la satisfacción de las necesidades humanas y sociales, espirituales, materiales y culturales de la población.

Rafael Hernández: ¿Es deseable que existan políticas culturales y de desarrollo social que fomenten las culturas regionales en sus diferencias específicas? ¿Es recomendable que la política intervenga en esto? ¿No sería preferible que se abstuviera de hacerlo porque supuestamente así esos espacios que llamamos culturas regionales pudieran crecer de manera natural, florecer y desarrollarse por sí solos? ¿Hasta qué punto sería deseable que las políticas culturales y sociales las fomentaran en sus características peculiares? Si fuera deseable, ¿lo están haciendo? ¿Qué obstáculos aparecen para que esto se despliegue de modo eficaz?

Yo le quiero pedir al panel que anote esta pregunta mentalmente, y le doy la palabra al público para que hagan sus preguntas y comentarios.

Enrique López Oliva: El tema de la cultura es muy amplio y tiene muchas formas de abordarse. Para llevarlo a nuestra realidad, hay que ubicarlo en un contexto histórico y no podemos ignorar el proceso de migraciones internas que ha tenido lugar en nuestra sociedad. La Habana no es la misma que antes del año 59. Vivo en el reparto Kohly desde entonces. La gente me pregunta qué pasó allí, quién vivía allí. La mayoría de las personas vino del interior de la República y lo primero que hicieron fue cortar los árboles. Kohly se está quedando sin árboles. Era un microclima muy agradable, ahora es casi un desierto. Las relaciones con los vecinos no son las mismas de antes porque vienen gentes con otros esquemas, hábitos, formas de comportamiento, y los antiguos habitantes nos convertimos en dinosaurios. Pienso que eso sucede en toda La Habana. Estoy de acuerdo con Carolina, La Habana ha ido cambiando.

Mi pregunta: ¿hasta qué punto esta cultura nuestra responde o no a la realidad? ¿En qué momento hay una tensión entre estas culturas que vimos y la política oficial del Ministerio de Cultura, en tratar de establecer parámetros a un fenómeno que es social, cultural, histórico, y tratar de encasillarlo dentro de determinados esquemas? ¿Hasta qué punto eso favorece toda una dinámica o la obstaculiza?

Antonio González: La profesora Carolina hablaba sobre el intercambio que ella ha tenido con cubanos fuera del país; nos contaba cómo ellos sentían su cubanidad. Mi pregunta es la siguiente: ¿cómo se inserta esa diversidad dentro de la cultura cubana actual? Dentro de esa heterogeneidad de cubanos que radican en el exterior hay una visión, por ejemplo, en el asunto político, bastante amplia. ¿Cómo eso se inserta en la cultura cubana, sobre todo en la de dentro del país, en especial en los medios de difusión?

Alfredo Prieto: Quiero plantear dos interrogantes: ¿La cultura nacional está confinada a los límites territoriales cubanos?, ¿podría hablarse de una cultura cubana transnacional, o lo que es más preciso, de una cultura regional transnacional? Porque fuera de Cuba hay gente que se organiza culturalmente por municipios, lo que también implica un diálogo que internamente causa cambios culturales; porque no todo es

remesas, sino modos y costumbres que siempre se están intercambiando, y cambiando realidades culturales del país, como ocurre en otras partes de América Latina.

Omar Everleny Pérez: Me gustaría colocar en la lista de esta discusión el tema económico. Hay que hacer un análisis de lo que ha venido pasando del 90 hacia acá en cuanto a la emigración interna, que en realidad no es a la capital en primer lugar, sino a la provincia La Habana, porque a la ciudad de La Habana no se deja entrar a nadie por el Decreto 217. Los migrantes prefieren estar cerca de la capital; en Güira de Melena, por ejemplo. Se producen dos fuerzas migratorias importantes, están yendo también a los lugares donde hay una mejoría económica; digamos Ciego de Ávila. La primera ola es a Ciego; la segunda a la provincia La Habana. ¿Por qué la gente se mueve del interior del país hacia ciertos lugares? 60% de las inversiones se sigue concentrando en las capitales o en los pueblos dinámicos. La provincia de Guantánamo está recibiendo la misma inversión desde 1985; hay un índice de desarrollo humano de 1985 a 2008 donde las cinco provincias orientales ocupan el mismo lugar, con la excepción de Holguín, que se ha movido un poquito por el tema del níquel. No ha habido una mejoría económica. Ahí está la justificación de esos movimientos; no es porque quieran moverse. Históricamente la gente se traslada a las capitales, pero aquí hay una presión económica. ¿Cuál es la razón de que muchos se estén trasladando para Morón y no a la capital de la provincia? Me imagino que porque Morón tiene todos sus cayos en desarrollo turístico: Cayo Santa María, Cayo Coco, Cayo Guillermo, los cuales están demandando mucha fuerza de trabajo. Es un problema de un origen económico, independientemente de otros factores; creo que esa es la arista que hay que tener en cuenta en relación con el porqué de esas diferencias regionales. Si no inviertes en los territorios, no los transformas.

Luis Mariano de la Torre: Una cosa muy interesante es que la propia cultura regional, la territorialidad, se ha ido moviendo, evolucionando y transformándose constantemente por la propia migración y por el fenómeno de la transculturación. Creo que nos hemos quedado atrás en nuestras formas de imponer o de llevar la cultura. Hemos homogeneizado un modo de cultura, del guajiro o del ciudadano, que hoy no es la realidad que vivimos. Alguien hablaba de la cultura hacia adelante, el discurso hacia el bienestar social. Rafael preguntaba hasta dónde lo político debe influir o determinar. Lo político, siempre que sea una interpretación de la mayoría, de la masa, que empuje y permita el desarrollo, la satisfacción social, espiritual y económica de la gente, va a ser aceptado, va a ser coherente. Entonces, ¿hasta dónde realmente propicia eso? Creo que hasta un punto muy limitado. Desde un ministerio, desde un buró, las personas trazan políticas, y no permiten que estas se elaboren desde abajo, desde el barrio o desde los propios fenómenos culturales que vemos a diario. Siempre y cuando sea un impulso y no una imposición, la política va a hacer el bien y va a ser aceptada. Será una cosa coherente, realizable, loggable y loable para todo el pueblo. Mi pregunta es: ¿en Cuba existe una cultura hegemónica o una oficialista, y cuál sería la diferencia? ¿Es o no una esquematización, un estereotipo oficial que se ha implantado como cultura hegemónica?

Enma Calderín: Soy periodista del sistema informativo y trabajo en *Buenos Días*. Siempre he estado a favor del diálogo entre la academia y los medios. Me dedico a cuestiones internacionales y trato de estar en diálogo con los académicos de los centros de investigación relacionados con esos temas, porque me parece que hace falta en los medios. A veces tenemos en cuenta por dónde va la cosa popular, pero no tenemos proyectos muy bien pensados para articular todo. El tema de los medios es tremendo, porque la responsabilidad que se les atribuye es inmensa, y oyes hablar que estamos tratando de generar pequeños medios en todas partes, pero hay que precisar también qué papel tienen dentro de la sociedad y qué se espera de ellos. Y

siempre siento la crítica a los medios. Ese diálogo es necesario e importante, estamos abiertos a oír lo que necesita la sociedad.

María Faguaga: Las culturas son procesos de identidades dispares que pueden converger en determinadas representaciones, pero estas no las hacemos caprichosamente, ni concientizándolas. No reflexionamos de manera constante sobre eso. Se hace a partir de determinados elementos, algunos que heredamos y otros que vamos incorporando: la familia, el origen, el tema racial y hasta el género. Cuando veo lo que está sucediendo en la Isla con las identidades, pienso, representándome una posible identidad nacional y sus representaciones, que muchas veces me suenan hasta esquemáticas, que tengo un problema. Me molesta que mis vecinas echen las sobras por la ventana y que corten los árboles. Aunque lamentablemente observo que los que hemos nacido y nos hemos educado en La Habana comenzamos a molestarles a ellos, de manera que vamos a tener que emigrar nosotros para el interior. No estoy diciendo que en todos los espacios pase lo mismo; pero parece algo general. Mi pregunta sería: ¿pudiéramos decir que estamos en estos momentos, en cuanto a identidad nacional, en un proceso de tránsito, en el que se incluyen tanto elementos económicos, políticos, de representación, de contactos con el mundo, interregionales, etc.? ¿Será que estamos en un proceso de transformación de nuestra identidad? Sabemos que somos cubanos, pero nos cuesta trabajo autorrepresentarnos por qué lo somos, y a veces nos parece que el otro es extranjero.

Rafael Hernández: Le voy a pasar ahora el turno de los comentarios finales al panel. Pero antes, para añadirles trabajo a los panelistas, yo también haré unos comentarios y preguntas. En el año 59 se cantaba: «Ábrele tu puerta al campesino/ llévalo a tu casa en 26./ La Reforma Agraria está en camino,/ recuerda que esa es la ley». Estaba de moda que los campesinos, con sus botas enfangadas, caminaran por La Habana y por los pisos lustrados de un hotel que se llamaba Hilton; que personas del interior del país llegaran masivamente en los años 59, 60, 61, no como resultado de las inversiones en la capital, sino de una política que traía de la Sierra Maestra campesinas a estudiar a La Habana, muchachos de Cabaiguán, como yo, a estudiar en Siboney, traía gente de todas partes de Cuba, en cantidades nunca vistas, y las repartía por las distintas zonas de La Habana, incluyendo los barrios más distinguidos. Esa invasión de gente del campo, que ocurrió a principio de los años 60, ¿cómo se compara culturalmente con la actualidad?, ¿cómo se percibió culturalmente esa comunicación, esa mezcla, y cómo se experimenta ahora, y por qué? La reacción de la gente que vive en la capital o en otra zona urbana frente a la que viene de afuera. La gente que viene de las regiones remotas del oriente cubano, ahora tiene un nombre utilizado despectivamente no solo por la clase media blanca, sino por la gente del pueblo. Este es un fenómeno cultural que me gustaría que el panel comentara.

Otro tema es el de la condición rural y la urbana. ¿Qué pasa con los campesinos? La entrega masiva de tierra para cooperativas está produciendo, según los demógrafos, una emigración en reversa, no de la capital, pero sí de las pequeñas ciudades hacia los pueblos, y de los pueblos hacia las zonas rurales. Mi pregunta es: ¿esto fomenta la cultura campesina, o propicia que haya más gente viviendo en el campo? Porque una cosa es ser campesino, culturalmente hablando, y otra diferente es que uno se vaya a vivir al campo.

Pedro Emilio Moras: El problema con las migraciones me parece muy significativo porque redimensiona las identidades culturales y las nociones que sobre cultura pueden estarse elaborando. No es un secreto que hay una gran movilidad entre todas las capitales de provincia, y sobre todo hacia la ciudad de La Habana. La emigración siempre tiene un condicionamiento social, en cuanto a la búsqueda de oportunidades educativas, laborales, etc., pero además un componente económico importante, o sea,

la búsqueda de mejoría económica, y en estos momentos indudablemente se inserta en los polos turísticos.

Comparto el criterio de que las identidades, en alguna medida, se redimensionan, se enriquecen, cambian con el intercambio internacional. No hace falta ir a vivir al extranjero para preservar, enriquecer o modificar una identidad; nosotros también estamos siendo constantemente modificados por el intercambio con personas que viven en otros países.

Concuerdo con Carolina en que todos estos fenómenos tienen el carácter de procesos dinámicos. Al hablar en términos de identidades culturales, hay que pensar en construcciones que no son estáticas y que tienen un carácter contextual; quizás la problemática que estamos discutiendo aquí tendrá otras características dentro de cinco años, porque van a ser otras las realidades.

Es muy interesante lo que decía Rafael; sin embargo, la pregunta sería: ¿modifican sus identidades, o son personas de ciudad que se insertan en un espacio rural por motivaciones no relacionadas con la tierra ni con el modo de vida campesino? Es una resultante entre lo social, lo económico y la búsqueda de bienestar; rupturas que se pueden encontrar en contextos no peculiares.

Estoy de acuerdo con lo que decía la compañera de los medios: la televisión, los medios, tienen que ser informativos, educativos, pero sobre todo deben entretener, y buscar una lectura media, capaz de satisfacer a diez millones de habitantes, no es fácil; por lo tanto, tienen que partir de necesidades comunes. Pienso que a veces pedimos demasiado a los medios. Imagínense si tuvieran que reflejar fielmente todas las realidades particulares de nuestro país; no llegarían a la media de toda la población, porque uno se identifica con lo que le interesa, con lo que lo represente, con la imagen que espera de los medios. ¿Por qué las telenovelas gustan? Porque están ofreciendo una realidad idealizada, que muchas veces no tiene que ver nada con tu realidad, pero te recrea, te entretiene, te lleva a otros planos. La lectura de los medios debe ser cautelosa porque no todas las entidades e instituciones pueden ser representadas. Como repetí al principio, para eso existen televisoras locales, que no tienen que replicar los esquemas de las nacionales y sí buscar una identidad propia, y el reflejo de las identidades locales que ellas representan.

Carlos Venegas: El Estado debe ser defensor y fomentador de los aspectos positivos de la cultura de un país, y también ayudar a transformarlos. Lo que no creo es que pueda dirigir un país y su política cultural como si se tratara de un museo. Hay necesidades en todos los aspectos de la realidad, y forman una política cultural, que el Estado va a sostener e impulsar como cultura nacional. Ahora bien, deben existir instituciones regionales fuertes, encargadas de conservar la cultura local, protegerla, incrementarla en su diversidad. Hace tiempo me asalta una idea, como especialista, en mis lecturas, en mis investigaciones, lo importante que ha sido para Cuba la ciudad, como modelo de comportamiento cultural. Cuando se hablaba de que la emigración traía, de cierta manera, nuevos estímulos culturales, pensaba en que los medios de comunicación de los que viven fuera son diferentes. Hay una globalización interna que a veces no vemos en estas poblaciones debido a la diáspora. Esos valores urbanos, que resultan fuertes en la historia de la cultura cubana, ¿hasta qué punto se pueden mantener en la emigración? El diagnóstico es que la cultura cubana es lo suficientemente fuerte como para mantener esos valores que la han caracterizado, en un medio ajeno, distinto. Pero vamos a pensar cómo se mantienen aquí. Hubo un cambio revolucionario, y ya de hecho nos pone sobre el tapete una realidad distinta en todos los sentidos.

¿Qué ha pasado entonces? ¿Qué ha ocurrido con la ciudad? ¿Sigue siendo un modelo de sociabilidad, de cultura, o por el contrario, los valores rurales pasaron a primer plano y la ciudad se convirtió en un espacio de culpa? Todas esas ideas son muy comunes dentro de la historia urbana; hasta en la Biblia se habla de grandes ciudades pecaminosas: Babilonia *versus* Jerusalén, etc. Yo creo que aquí, a veces, los

mecanismos mentales han llevado a ver a La Habana como la ciudad negativa con respecto a otras debido a su capitalidad y su papel de centro del poder a través de la historia.

En cuanto a creación de políticas urbanas para el futuro, la globalización es un hecho desde el punto de vista cultural y de las comunicaciones, y hay que afrontarlo. Si las variantes regionales van a resistir o no esos cambios, no lo sabemos, pero lo que sí no podemos negar es el impulso, el empuje de lo otro. Hay que saber también cuáles son los valores positivos para planear políticas.

Carolina de la Torre: Considero que la televisión cubana es mejor que muchas de la región, por lo menos de habla hispana. Sinceramente, hay muchos problemas, pero no es una televisión comercial, no está llena de novelas estúpidas; puede ser que nos falte presupuesto, pero hay una aspiración y hay un personal que trata de dar el máximo si hacen una telenovela, por ejemplo.

Sobre la pregunta de Rafael, ¿hasta qué punto deseamos que el Estado participe? Hasta el punto en que lo haga de una manera cada vez más democrática. La diversidad, el debate, la construcción, la modificación, el cambio cultural, donde todos de alguna forma tengamos una voz en esa modificación, en ese movimiento, en ese diálogo cultural que debe existir en nuestro país. Sí debe participar, pero con una mentalidad abierta. Yo sugiero una cosa concreta: que no se le llame nunca más «cultural» a ninguna página de prensa, a ningún espacio de televisión, a nada que sea solo de literatura y arte, porque todo es cultura. La cultura tiene que ver con todo lo que han hecho los seres humanos, por decirlo en su definición más simple. Llámenle «de literatura y arte» a esos espacios. Pudiera parecer un capricho mío, ¿saben por qué no lo es?, porque eso refleja un modo de pensar, de funcionar un organismo. No quiero criticar al Ministerio de Cultura porque creo que de los que tenemos es uno de los mejores, como no quiero criticar a la televisión porque no sería justo; pero hay determinadas soluciones que nos permiten operar en lo conceptual y en la práctica con cierta coherencia; si en lo conceptual la destrucción del Amazonas es cultural, entonces no es una curiosidad, es un problema de nuestra cultura contemporánea actual.

Cuando hablo de «guajirización», no es porque venga la gente del campo a la ciudad; estoy hablando de un problema de gobierno, de dirección estética, incluso de la construcción de nuestros espacios urbanos. Yo misma fui al campo y alfabetiqué, y volví más culta. Creo que me hice adulta así, primero traje al campesino a mi casa y después fui a alfabetizar, y me siento orgullosa de eso. No estoy en contra de la gente que viene a La Habana, hablo de una estética, de una preocupación porque nuestra ciudad funcione con estándares, si no del mundo desarrollado, porque somos un país pobre, por lo menos de los que podemos aspirar a tener. Estoy hablando de política cultural.

Preguntaban si hay una cultura hegemónica o una oficialista en Cuba. A mí me parece que hay dos: como dice la gente en la calle, la de la «verdad verdadera», y otra que es la que se refleja en la televisión y en otros medios. No es que la oficialista sea nuestra cultura, es la que se muestra, no sé si me explico, y la otra es como habla la gente en la calle, la que está ahí, la que estamos viendo, la de una población instruida, que tiene altas aspiraciones, grandes valores humanos, y nosotros tenemos que hacer que eso tenga el mejor desenvolvimiento. Ahí tiene que intervenir todo el mundo: los maestros, las organizaciones, los ministerios, para sacar el mejor potencial de cada ser humano, con políticas democráticas y participativas. La identidad, claro, siempre va a estar en tránsito, nunca va a parar. Nunca lo hizo ni va a hacerlo.

Otra cosa: creo que es muy deseable que sigan existiendo las diferencias regionales, porque no basta la participación y la pertenencia a grandes conglomerados humanos, tenemos que sentir tangible la pertenencia a grupos pequeños, donde nos sintamos cómodos, hablando igual, compartiendo costumbres. Esa diversidad es importante. La identidad es uno de los mayores formadores de sentido, que da ánimos, expectativas,

que nos llena espiritualmente la vida. Claro que tiene que existir, pero no en el sentido de rescatarla, como pudo ser hace cien años, sino entender que puede ir evolucionando, y que podemos ser cubanos, gays, industrialistas, intelectuales o guajiros, y también, a la vez, dos o tres de esas cosas.

Rafael Hernández: No todo lo que está dentro de la cultura está incluido en lo que podríamos llamar «bueno» o «positivo». Tendemos a decir «este es un comportamiento culto» y «este es inculto», porque solemos atribuirle a la cultura solo los rasgos positivos. Pero la cultura incluye también los negativos. Es lo que es y no lo que debiera ser.

Nadie se ha referido a los elementos de la diversificación de focos culturales, en el sentido de la cultura, del arte, de la literatura, del pensamiento, de la academia, en el conjunto del país. En la última edición del Premio *Temas* de Ensayo, el de Ciencias Sociales y el de Estudios sobre Arte y Literatura fueron para dos profesoras de la Universidad Central de Las Villas. La existencia de intelectuales, académicos, investigadores, artistas de prestigio internacional que viven en distintas regiones del país, también es un fenómeno que forma parte del afianzamiento de la cultura regional y nacional.

El mal gusto no proviene, necesariamente, de una zona no urbana, sino de lugares muy urbanos. Aquí se mencionaban los canales de televisión. Los de los Estados Unidos son una fuente constante de mal gusto que se reproduce, porque no importa que no se pongan por la televisión cubana, hay una circulación y un consumo de esas expresiones subculturales, que se generan para la cultura de masas. Eso también se asimila no solo en sectores privilegiados. Sus impactos llegan hasta el fondo de la cultura regional y nacional. Todo esto forma parte de un contexto mucho más complejo que el pensar que existe solo lo local y solo lo nacional. Tal dialéctica interactúa entre lo nacional, lo local, lo regional y lo supuestamente global.

La convivencia de lo regional y lo nacional está en la esencia de la realidad. Muchas veces se toma Cuba como La Habana, y La Habana como Centro Habana, y Centro Habana como Cayo Hueso, de manera que, por ejemplo, las películas que muestran lo urbano terminan representando el barrio de Cayo Hueso. El que pensemos que esto es únicamente una reproducción estereotipada, desde afuera, recorta el problema. También nosotros, como decía Carolina, los del mundo de la cultura en un sentido amplio, contribuimos a reproducir ciertas representaciones sobre lo nacional, que se proyectan no solo hacia afuera, sino para adentro.

Quiero agradecerles a todos por su presencia, en primer lugar a los panelistas, que han dado visiones diferentes acerca del tema. Este no ha sido un debate de los más extensos, pero sí ha sido rico, que es lo que importa. Como decía Lenin, que no está de moda citar, «más vale poco, pero bueno».

Participantes:

Carolina de la Torre. Psicóloga e investigadora.

Pedro Emilio Moras. Psicólogo. Investigador del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

Carlos Venegas. Licenciado en Historia del Arte. Investigador del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

Rafael Hernández. Politólogo. Director de la revista *Temas*.